

EL TRÁNSITO ES UN JUEGO EN EL CUAL TODOS PODEMOS PERDER

Suplemento PAREMOS YA. LA VOZ DEL INTERIOR.

Cada día, en nuestro país, casi treinta personas pierden la vida en nuestras calles. Se trata de peatones, ciclistas, motociclistas o automovilistas que se dirigen a la escuela, al descanso, al trabajo, que juegan en la calle, que emprenden largos viajes y que nunca volverán a su hogar y dejarán tras de sí familias y comunidades destrozadas.

Cada día cientos de personas pasan largos períodos hospitalizados por causa de las colisiones en el tránsito, y muchas de ellas nunca podrán vivir, trabajar o jugar como solían hacerlo.

Queda claro que los esfuerzos y preocupaciones esporádicas y coyunturales, desplegadas para promover la seguridad vial son insignificantes al lado de ese sufrimiento, ese desconsuelo y esa angustia provocados por el caos del tránsito.

Según las nuevas tendencias, lideradas por la OMS y el Banco Mundial, los traumatismos causados por el tránsito deben considerarse, junto con las cardiopatías, el cáncer y los accidentes cerebrovasculares, como un problema de salud pública que responde bien ante intervenciones preventivas.

Para lograr un sistema de tránsito menos peligroso se requiere un enfoque integral, entendiendo al mismo como la interacción entre vehículos motorizados, vía pública y sus usuarios, entorno físico, social y económico, e identificando cuándo existen las posibilidades de intervención.

En particular, es preciso que se reconozca que el cuerpo humano es sumamente vulnerable a los traumatismos, que los automóviles no constituyen armaduras, que los seres humanos cometen errores y que las intervenciones, que son equivalentes a las vacunas, los remedios o las terapias que nos receta nuestro médico, no garantizan la total sanación de la situación pero sí un mejoramiento observable.

La reflexión serena acerca del cómo se conduce, reflexión que se repite en todas las esferas y en todos los países, lleva a concluir que las principales

intervenciones sobre las que descansan la mayor parte de las soluciones son: la enseñanza exigente de las reglas de conducción como condición indispensable para recibir carné habilitante, la limitación voluntaria o compulsiva de la velocidad de los vehículos y la concienciación acerca de la incompatibilidad existente entre la conducción y el consumo de alcohol y otras drogas.

La seguridad en la carretera es una responsabilidad compartida, requiere del compromiso y de la adopción de decisiones fundamentadas por el gobierno, el sector industrial y el comercial, las organizaciones no gubernamentales, los organismos internacionales, así como de la participación de profesionales de diversas disciplinas, funcionarios encargados de la aplicación de la ley, personal sanitario y grupos representantes de la sociedad civil.

Los accidentes o colisiones crecen día a día. A cada hora se producen en Argentina una muerte, cinco discapacidades permanentes y cincuenta lesionados corporales o emocionales irreversibles.

¿Somos los conductores argentinos suicidas?

¿Nos creemos súper héroes?

¿La conducción irresponsable se convirtió en la vía de escape de una realidad que nos agobia, de un país que no nos contiene, de un futuro incierto, de unas autoridades que no nos representan?

¿Estamos inmersos en una sociedad enferma que mira impávida sin tomar cartas en el asunto?

¿Hasta cuando vamos a soportar inconmovibles que las fiestas que congregan a nuestra juventud y nuestros equipos nacionales sean auspiciados por bebidas alcohólicas?

¿Hasta cuando los padres culparemos al Estado por nuestro fracaso a la hora de educar a nuestros propios hijos en el comportamiento responsable frente a la conducción, al consumo de alcohol y drogas, a la vida misma?

¿Esperaremos paciente y despreocupadamente que en el año 2008 logremos, por obra y arte del descompromiso, mejorar nuestra conducta, subsanar nuestros errores, reparar nuestros deslices, compensar nuestros desmanes?